

prostitución. En estas dos fuentes de dinero circulante abrevaba Fouché su caja del ministerio de la Policía para atender a los enormes gastos de su función y, de paso a su fortuna privada. Merece señalarse ese hecho histórico, tan repetido después en otros períodos y países.

Pero así como el despotismo es, más que un sistema, un solo hombre, también suele ser una personalidad la dictadura policíaca. Policías autócratas los ha habido muchos; Fouchés, muy pocos. El último ministro de la Policía en Francia es M. de Maupas, pequeño como Napoleón el pequeño, que le elevó a tal rango; sólo un Napoleón el Grande y su tiempo podían haber tenido un gran polizonte como Fouché. Cuando el despotismo político carece de grandeza, también es grotesco el despotismo policíaco, la correspondencia entre la calidad de ambos poderes es siempre rigurosa. Un policía de genio como Fouché crea su poderío secretamente, en una serie infinita de tentáculos invisibles. Pero un polizonte de opereta busca los atributos de su poder en una cómica acumulación de instrumentos ostensibles y ruidosos de persecución y vigilancia, que sólo pueden mover a risa. Sin embargo, no es suya la culpa. Un despotismo de gran estilo no tolera un régimen policíaco entre cómico e irritante. Una policía es el mejor espejo del sistema de gobierno de un país. Nada pinta mejor la psicología de un despotismo que la psicología del que le sirve como dictador policíaco. Decidnos con que policía andáis y os diremos quién sois.

(El Sol. Madrid).

Luminia

(ORACIÓN MATINAL)

PARA aquella que ha entrado y florecerá en mi espíritu, como una estrella nace y florece en una noche oscura;

para aquella que jamás conoció la mentira, en cuya alma límpida el dolor se convierte en luz, y la luz en amor;

para aquella que sabe «amarlo todo para comprenderlo todo, y comprenderlo todo para perdonarlo todo»;

para aquella a quien el mundo ignora; perla escondida en un mar insondable, a quien yo descubrí por bendita merced de mi destino;

para aquella que tiene el corazón tan grande como la mente; que es dulce como una corderilla, ingenua como un niño, profunda como el mar y clara como el alba;

para aquella de quien yo aspiro a ser un reflejo; fuente que saciará mi sed, aurora que alumbrará mi noche, fragancia que confortará mi flaqueza, agua pura que lavará mis culpas, esperanza que sostendrá mi vida;

para aquella que sabe ser libre como el huracán y dócil y suave como el pétalo de una rosa;

para aquella que ríe y sonríe, que ora y canta y llora, como las ondas del mar en una playa solitaria;

para aquella que lleva en el cerebro un lucero y en el corazón una rosa; para aquella cuyos ojos divinos se posaron en mí; a quien no soy digno de amar; a quien nombro calladamente en el santuario velado de mi espíritu!...

Que su memoria bendita acoja mi recuerdo; que su corazoncito diamantino palpite alguna vez por mí!...

ALBERTO MASFERRER.

Cabos sueltos

LA Compañía de Teléfonos y de Fuerza Motriz del Norte de Kansas, dice a sus empleados: «Ahorren parte de sus salarios o perderán su puesto». El plan ha dado resultados. Todo empleado tiene que ahorrar un diez por ciento. Muchos ahorran un treinta por ciento. Parece ideal en cuanto a ese grupo se refiere. Pero supónganse que todo el mundo ahorrra y se independizara a los cuarenta años: ¿qué es lo que acontecería a la actual estructura social? Que la mayoría irreflexiva continúe gastando es la fortuna para la minoría reflexiva.

JOHN D. Rockefeller, Jr., elogia a Henry Ford, comparándolo con su padre. «Ambos son hombres que se han hecho a sí mismos. Ford es un hombre de elevado espíritu, actividad, sinceridad y sencillez».

La admiración es mutua. Henry Ford manifestó al que esto escribe que él consideraba a la Standard Oil Company, de Rockefeller, como la firma de negocios más hermosa y mejor administrada de los Estados Unidos, y a Rockefeller, lo que quiere decir hoy John D. Rockefeller, Jr., «al hombre ideal de negocios americanos».

En aquella oportunidad mostraba al que esto escribe un pequeño motor de ocho cilindros que pudiera colocarse en un automóvil para venderlo a \$ 250: algo que en aquel tiempo parecía imposible. Espera solucionar todo de tal manera, que todos puedan dirigirse a una estación de la Standard Oil, dejar su máquina, pagar una diferencia de \$ 25 y coger una nueva.

Rockefeller y Ford, admirándose uno a otro, recuerdan, en el campo de la finanza, la admiración de César por Alejandro. Ford y Rockefeller son el César y el Alejandro de los modernos ejércitos: esos ejércitos de pequeños pesos, que ascienden a cientos de millones, que nunca comen ni duermen, que están siempre combatiendo, siempre obediendo órdenes, y que todos los años tienen unos hijos que se llaman dividendos.

«Si usted necesita un buen cerebro, edúque a su bisabuelo». He ahí un viejo refrán. El refrán moderno es: Si usted quiere que los hijos de la nación tengan buenos dientes, procure que las madres se alimenten apropiadamente.

Un ejército viaja con su estómago, según Napoleón. Un individuo viaja con sus dientes. Sin ellos no hay salud buena. Sin buena salud no se logran grandes resultados. Sin madres inteligentemente y bien alimentadas no hay buenos dientes para los hijos. Eso debería interesar al Gobierno tanto como la ración para la puerca en estado de gestación. Pero no le interesa. Si usted sugiere que el gobierno, en esta generación, proteja a las madres por el bienestar de la generación que no ha nacido, oír los gruñidos de una gran variedad de tontos.

A. BRISBANE.

(El Mundo, La Habana).

Lea el REPERTORIO y recoméndelo a sus amigos.

Si desea usted calzado fino y elegante pase a la

Zapatería ROMERO

Situada 75 varas al Oeste de la Botica Francesa

Teléfono 302

Será atendido personalmente por su propietario